

Espacios educativos: más inclusión, menos acoso

(Especial para No a la Violencia)

Por Laura Serguera Lio y Beatriz Ramírez López. Facultad de Comunicación. Universidad de La Habana

Tendríamos unos nueve, diez, once años. Las niñas lo dejábamos estar con nosotras en los recreos. Al menos en mis recuerdos, los niños le permitían unirse cuando prefería cambiar yaquis, pon o muñecas, por pelotas. Los distintos profesores que tuvimos durante aquellos años casi siempre respetaron su decisión de escoger a quién sumarse en los ratos libres, no fueron demasiado insistentes en que jugara con los representantes de su mismo sexo.

Sin embargo, cada vez que alguien discutía con él o pensaba en la singularidad de que fuera el único niño para el cual eran preferibles las diversiones consideradas “femeninas”, el estigma de raro, palabras como “mariquita” y la sospecha se imponían, en una época en la cual apenas empezábamos a descubrir qué era la sexualidad.

Estábamos en secundaria. Ella usaba la saya del uniforme más larga, incluso, que lo requerido. Apenas se recogía el pelo cuando tantas otras no perdían oportunidad de experimentar con lazos y adornos y ni pensar en maquillarse, aunque muchas se perfilaban los ojos y los labios a diario. No cumplía con lo que, comúnmente, se considera delicado ni frágil. Tampoco era brusca, grosera o desagradable. Pero no encajaba con lo que “debía ser” o, mejor dicho, parecer, una niña. En algún momento comenzaron a decirle “macho”. Quizás alguien intentó defenderla un par de veces, sin demasiado éxito. El apodo duró hasta noveno grado

El comentario se regó rápidamente por todo el preuniversitario. Así, inesperadamente, no sé bien si a causa de un video o porque alguien aseguró haber visto o escuchado algo. Los que se declaraban más enterados decían que la amiga había dejado de andar con ella, aunque también estaba involucrada, para que la asociaran lo menos posible con lo sucedido. Pensándolo bien, cuando miro atrás, aquella historia tenía muchas lagunas. Igual, casi todos la creímos.

A la muchacha no la conocía de nada. Estudiaba en otra aula y solo sabía que se contaba entre las muchachas más bonitas de la escuela. No importó que respondiera a todos los patrones heteronormativos, de alguna manera se supo o se asumió que había participado en un encuentro sexual con un hombre y la muchacha junto a la que siempre se le veía. Fue suficiente para que esa amiga, que pudo haber tenido o no una relación erótica con ella, se apartara. Y suficiente para que los rumores sobre su bisexualidad fueran relevantes durante algo más que un rato. Entonces, ya íbamos sabiendo qué era el sexo y cuál era el modo “correcto” de vivirlo.¹

Las historias son reales. Tres casos aislados, que dan cuenta de experiencias diferentes en momentos del crecimiento. En ninguno de ellos la violencia llegó a ser física y, en la mayoría, se limitó a comentarios hirientes, segregación, censura a las diferencias, más sutiles en los niños y más aguzadas en los adolescentes. Podrían parecer comportamientos sin grandes consecuencias, pero ¿realmente las actitudes de rechazo y las acciones que en su nombre se toman son tan inocuas?

¹Las historias recreadas se basan en acontecimientos reales. Se suprimieron los nombres de los protagonistas por respeto a su privacidad.

Cada dos años, el Centro Nacional de Educación Sexual (Cenesex) renueva el eje temático de su campaña **Me Incluyo**, contra la homofobia y la transfobia. Desde el 2017 hasta este próximo mayo, se concentra en alertar contra el acoso en espacios escolares, asociado a manifestaciones discriminatorias. En conferencia de prensa sobre el programa de **Me Incluyo** para este período, la doctora Mariela Castro Espín, directora del Cenesex, afirmó que se escogía la escuela porque es una de las instituciones más importantes de la sociedad y, aunque no es un problema grande, el abuso en sus espacios existe sin que haya conciencia de ello.

Por su parte, en un artículo publicado en el diario *Granma*, la doctora y pedagoga Yoanka Rodney Rodríguez, de la Universidad de Ciencias Pedagógicas Enrique José Varona, explicó que las indagaciones sobre este tema en Cuba han obtenido resultados similares a los estudios y revisiones regionales e internacionales en cuanto a la descripción del fenómeno, identificación de lugares de riesgo, los roles y las causas que lo originan.

Según el informe mundial contra la violencia hacia los niños y las niñas², las diversas formas que afectan sus relaciones incluyen la intimidación, la violencia sexual y basada en género y las peleas en el recreo, mientras los lugares de riesgo son los baños, los pasillos, durante el recorrido a la escuela o la casa y los recesos. Los miembros del estudiantado ocupan tanto los roles de víctimas como de agresores y espectadores³.

Las consecuencias del acoso escolar --que puede ser físico, pero también verbal, psicológico y social-- son variadas. Las afectaciones al aprendizaje y la autoestima, la preocupación por la seguridad, la pérdida de habilidades sociales e incluso el impacto en la salud mental causado por la humillación o el miedo llegan a ocasionar abandono escolar, huida del entorno familiar e incluso intentos contra la vida.

A la vez que esta realidad se impone, para muchos adultos el llamado *bullying* en las escuelas sigue siendo normal, hasta aceptable en edades tempranas, como una expresión de inmadurez o parte de las bromas pesadas que los más jóvenes, supuestamente, “disfrutan” compartir. Sin embargo, no hay disfrute alguno para quienes sufren estas formas de violencia que amenazan el bienestar de niños, niñas, adolescentes y jóvenes y atentan contra la calidad de la educación. Precisamente, la permisividad por parte de quienes deben combatirlo, la aceptación silenciosa, la justificación de que es un fenómeno antiquísimo e incluso que ayuda a formar el carácter ante las injusticias, o de que “enseña a defenderse”, perpetúan el abuso.

Al respecto, Rodney Rodríguez declaraba a *Juventud Rebelde*: “En el caso particular del profesorado, hay que insistir en la preparación que deben recibir en temas relacionados con la educación integral de la sexualidad y la prevención del acoso escolar, así como en algunas de sus conductas, ya que favorecen la existencia de este fenómeno. Por ejemplo, si un niño se cae y le decimos expresiones ‘como los niños no lloran’, ‘estás flojito’..., en esa manera de calmarlo lo estamos poniendo en una situación de vulnerabilidad con los otros niños, que después utilizan esa misma expresión”⁴.

Son esas manifestaciones de los paradigmas heteronormativos, de los patrones culturales relativos a la masculinidad y la feminidad, que no solo reafirman, sino muchas veces promueven, voluntaria o involuntariamente, la intolerancia y sus consecuencias más crudas.

Los niños y las niñas no nacen con ideas sobre qué roles les corresponden o cuál es la manera de manifestar su sexualidad. Su comportamiento en este sentido, en las escuelas y fuera de ellas, está asociado a estereotipos heredados de personas adultas que, mediante la transmisión de sus experiencias personales y prejuicios, suscitan determinadas conductas en los más jóvenes.

Llegamos al mundo sin saber que las niñas deben sentarse con las piernas cerradas, estar siempre bien peinadas y vestidas y deben preferir la casa a cualquier otro entorno. Sin sospechar que de los varones se espera fuerza, autoridad, invulnerabilidad ante los conflictos emocionales. Sin entender que está mal que dos hombres o dos mujeres se amen o que algunos no se sientan

²Pinheiro, P.S. (2006) *Informe mundial contra la violencia hacia los niños y las niñas*. ONU. Disponible en: https://www.unicef.org/mexico/spanish/Informe_Mundial_Sobre_Violencia.pdf

³Rodney, Y. (2017) “Época de sensibilidad humana y transformaciones profundas”. En Periódico Granma, 16 de mayo. Disponible en : <http://www.granma.cu/archivo?a=2961>

⁴Barrios, M. y Labacena, Y. (2017) “¿La ley del más fuerte?”. En Periódico Juventud Rebelde, 20 de mayo. Disponible en: <http://www.juventudrebelde.cu/cuba/2017-05-20/la-ley-del-mas-fuerte>

identificados con su sexo biológico. Nacemos sin imaginarlo, pero ya se encargan la sociedad, la familia, la misma escuela de “solucionar” nuestra ignorancia.

Es oportuno, necesario, que el Cenesex desarrolle esta campaña en entornos escolares, pero el problema, que no es exclusivamente el acoso en las escuelas, no se solucionará atacando solo las expresiones más superficiales.

El *bullying* -que en disímiles casos está asociado a prejuicios raciales, económicos, sexistas y de otras índoles, no solo a la identidad de género y la orientación sexual- es muestra de que en nuestra sociedad siguen existiendo patrones reduccionistas y discriminatorios; de que, sobre todo a los varones, les justificamos determinadas acciones violentas como aceptables y de que valores como la solidaridad y sentimientos como la empatía son fomentados para determinadas circunstancias y casos, pero no para todas las diferencias.

Formamos a los niños y las niñas así, consciente o inconscientemente, lo mismo con comentarios y posturas discriminatorias que con sutiles cambios de actitud ante lo que no entendemos. Ellos luego lo replican, en las escuelas, la casa, la calle. En principio, pueden ser responsables de las alteraciones al rendimiento académico de sus iguales, después, ¿quién asegura que no mantendrán conductas abusivas durante su adultez? Si en las etapas en que se moldea el carácter no enseñamos por qué es perjudicial la violencia, si no los ayudamos a superar los estereotipos, ¿cuándo lo harán?

A finales de 2015 se realizó un estudio exploratorio en varias escuelas capitalinas, esencialmente de los municipios de Marianao y Boyeros, con el fin de conocer la percepción que tenían sus estudiantes en relación con el empleo del lenguaje homofóbico, los lugares de riesgo en los que se proferían las expresiones señaladas y los sentimientos de exclusión que involucran al educando, de manera directa o indirecta, ante situaciones de acoso escolar homofóbico.

La investigación, desarrollada por la UCPEJV en colaboración con la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, incluyó a 130 estudiantes: 30 de primaria, 30 de secundaria, 30 preuniversitario, 30 de educación técnica y profesional y diez pertenecientes a escuelas pedagógicas.

Entre otros aspectos, el estudio reveló que los varones homosexuales, o percibidos como tal, son el blanco principal del acoso mediante lenguaje homofóbico en las escuelas, por encima de las niñas, adolescentes y jóvenes vistas como lesbianas. Además, se evidenció que el estudiantado percibe la exclusión hacia otros iguales en la medida en que aumenta la edad y que esta se hace mayor hacia muchachos que se comportan como muchachas, y viceversa.

En tanto los maestros sigan otorgando manifiesta o discretamente los juegos a las niñas y los niños según los roles asignados a mujeres y hombres, se preocupen e incluso llamen a los padres cuando sus hijos no coincidan con el comportamiento “ideal”; en tanto los adultos separen en los hogares las tareas de ellas y de ellos según el género, haya colores femeninos y masculinos, asignaturas que se le dan mejor a un sexo que a otro; en tanto la sexualidad sea asunto de opuestos, porque su objetivo final es la reproducción, las mujeres objetos eróticos hiperbolizados en videos clips y certámenes de belleza y los modelos de familia explicados en la escuela, aceptados en el hogar y confirmados en los medios de comunicación masiva sean los “tradicionales”, los más pequeños no podrán entender otra cosa que lo correcto para los niños es jugar a la pelota, para las niñas arreglarse desde la pubertad y para las adolescentes interesarse solo por los varones.